

Un llamado a ser diligentes en la paz y la santidad

Hebreos 12:14

Introducción:

Aunque en apariencia, el verso 14 no tiene conexión con el tema de los versos 12 y 13, realmente no es así. Es la continuación práctica del mismo tema que se viene abordando en el capítulo 12. El autor se encuentra interesado en ayudar a sus lectores originales, y a nosotros hoy día, para que no caigan en el pecado de la apostasía, es decir, para que los sufrimientos y adversidades que vendrán sobre ellos no sean razón alguna de decaimiento espiritual o incredulidad.

En los versos 12 y 13, nuestro autor nos dijo que una consecuencia práctica de saber que Dios está con nosotros en medio de la aflicción que él mismo nos manda para que podamos crecer en santidad y justicia, es el ser activos en levantar nuestras manos caídas y las rodillas paralizadas. El creyente, en medio de las pruebas, no se inutiliza o abandona su deber cristiano, sino que cobra fuerzas en el Señor y prosigue hasta la meta.

Ahora en el verso 13, nuestro autor nos exhortará para que seamos diligentes en dos elementos fundamentales de la vida cristiana: La paz y la santidad. El primero se enmarca en las relaciones horizontales, es decir, con el prójimo; y el segundo, en la relación vertical, es decir, con Dios. La paz y la santidad son dos cosas que el cristiano debe buscar de manera diligente, pues, el ocuparnos en estas cosas librarán que nos hundamos en la depresión espiritual que tienden a producir las adversidades por causa de Cristo.

Recordemos que muchas aflicciones serán producidas por los ofensivos comentarios que otras personas hagan, o por persecución, o malos tratos que recibimos de otros. De manera que una tendencia natural, pero pecaminosa, en nosotros, será odiar a aquellos que consideramos nuestros contradictores. De la misma manera, siendo que sabemos que Dios está al control de todas las cosas, y él permite que nos vengan duras pruebas, entonces, una reacción pecaminosa será descuidar nuestra relación con Él. Por lo tanto, el autor nos previene de caer en estas dos tendencias que, si no son atendidas con diligencia, robarán el verdadero gozo cristiano, conducirán al decaimiento espiritual, y causarán gran daño a nuestra alma.

La situación de los lectores originales no era nada fácil. Sus familiares, amigos y vecinos judíos se habían volcado contra ellos. Eran tratados como renegados y apóstatas de la fe de sus padres. Eran maltratados y sufrían muchas vejaciones de parte de sus conocidos. De manera que, vivir en el amor cristiano, perdonando y aceptando a los enemigos, no era nada fácil. Su paz podía verse turbada cuando miraban las injusticias que se cometían contra ellos. Era muy fácil que la amargura y el resentimiento brotaran en condiciones tan hostiles. Es por esa razón que el autor de la carta les da esta exhortación: *Seguid la paz con todos*.

Pero, aunque la situación actual dista mucho de la que tuvieron que enfrentar los primeros cristianos, no obstante, esta enseñanza también es de vital importancia para nosotros, pues, vivimos en medio de gente que, caminando en la senda ancha del pecado, tiende a molestar, burlarse y ridiculizar nuestra fe. “Los hijos del diablo no tienen amor por los hijos de Dios, y se deleitan en hacer todo lo posible por molestarlos, y nada les da más placer que ver el éxito de sus esfuerzos al tentarlos para que respondan con ira.”¹ De manera que, también para nosotros es necesaria la exhortación de vivir en paz con todos los hombres.

“*Seguid la paz con todos*”. Este es un mandato solemne que debe causar humillación en nosotros al hacernos comprender cuán difícil nos es manifestar el carácter de Cristo, quien, a diferencia de nosotros, soportó con paciencia las debilidades, los ataques, las injurias y la burla de los demás. Él no perdió la paz frente a sus enemigos, antes, los amó: “*quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente*” (1 P. 2:23). “Por naturaleza los hombres son criaturas díscolas, iracundas y vengativas. Esa es una razón por la cual Cristo declaró que “*es menester que vengan tropiezos*” (Mt. 18:7). “*Es menester*” a causa de la depravación terrible de la naturaleza humana caída, sin embargo, no olvidemos que él también agregó: “*Pero, ¡Ay! de aquel hombre por quien viene el tropiezo.*” Es debido a este

¹ Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Recuperado de http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_093.htm Agosto 15 de 2012.

espíritu de polémica, envidia y venganza, que está en nosotros, que necesitamos la exhortación de nuestro texto.”²

Hacemos bien en tomar seriamente esta exhortación del autor, pues, muchos santos en la historia sagrada se dejaron dominar por su espíritu conflictivo y no dieron gloria al Señor al dejar que, en momentos, la paz se rompiera por las contiendas humanas. Abraham y su sobrino Lot tuvieron que separarse a causa de los conflictos entre sus sirvientes. El reino de Israel se dividió en dos, en parte, por las discordias entre las tribus del pueblo del Señor. Pablo y Bernabé, por un tiempo, se separaron y no continuaron juntos en la obra misionera a causa de ciertos conflictos.

Ahora, el mandato del autor no es simplemente que sigamos la paz, sino, como dice en el original: “*eirēnēn diōkete*. Lanzaos a perseguir la paz como en una cacería.”³ Esto nos es una opción que si se da, entonces la aceptamos. No. Es un deber cristiano buscar diligente e incesantemente la paz, no sólo para con los hermanos creyentes, sino con todo el mundo: *meta pantōn*.⁴ El seguir la paz forma parte de la carrera cristiana. Seguimos adelante en nuestra carrera o lucha buscando la paz. Ella debe ser una de las metas más preciadas de la vida de fe.

Ahora, este es uno de los mandatos que pudiéramos considerar más difíciles de conseguir, pues, se nos manda a estar en paz con personas que nos hacen daño. Estamos viviendo en medio de hombres que actúan, piensan y sienten de una manera diametralmente opuesta a nosotros los creyentes.

Pablo dijo que seríamos perseguidos por los hombres porque vivimos en piedad: “*Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución*” (2 Tim. 3:12). Jesús dijo que la gente del mundo nos aborrece: “*Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece*” (Jn. 15:19). También Cristo dijo a sus discípulos que la gente

² Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Recuperado de http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_093.htm Agosto 15 de 2012.

³ Robertson, A. T. Comentario al texto griego del Nuevo Testamento. Página 629

⁴ Robertson, A. T. Comentario al texto griego del Nuevo Testamento. Página 629.

del mundo nos causaría aflicción, así como se la causaron a él: *“En el mundo tendréis aflicción”* (Jn. 16:33). Ahora ¿Cómo debe vivir el cristiano en medio de gente que le es hostil y le causa daño y aflicción? Pablo responde diciendo: *“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres”* (Ro. 12:18).

Los hombres impíos están en guerra y están airados contra nosotros, pero nosotros no estamos en guerra contra ellos. En nosotros está la paz que nos dejó Cristo: *“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”* (Jn. 14:27). Por lo tanto, el cristiano no responde con ira, ni venganza, ni rencor contra los que le hacen daño, por el contrario, les amamos con el mismo amor que Cristo demostró hacia sus enemigos: *“Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”* (Mt. 5:44). ¿Orar por aquellos que nos han injuriado, los que nos han despojado de nuestros bienes, o mataron a algunos de nuestros seres amados? Si, esa es la prueba de que somos hijos de Dios y hemos recibido el perdón de nuestros pecados: *“Mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”* (Mt. 6:15). *“Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos”* (Lc. 6:35).

El cristiano persigue la paz, la busca como un tesoro muy valioso, porque ella es como una joya preciosa que adorna nuestro testimonio y glorifica el nombre de Cristo en medio de un mundo lleno de pecado. El hombre de paz es un instrumento para que la gloria del Señor destelle esplendorosa atrayendo a Cristo a los hombres que viven airados contra sí mismo, contra el prójimo y contra Dios. El mandato de nuestro autor se parece mucho a lo que el salmista pidiera a los santos: *“Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz y síguela”* (Salmo 34:14).

No podemos ser cristianos sin ser amantes y buscadores de la paz. Jesús fue claro al respecto cuando dijo: *“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”* (Mt. 5:9). Incluso, hasta los incrédulos dudan de nuestro cristianismo si no somos personas pacíficas. “Aquí se pronuncia una bendición sobre todos aquellos que,

habiendo recibido la reconciliación con Dios por medio de la cruz, ahora procuran, por su mensaje y por su conducta, ser instrumentos para impartir este mismo don a los demás. Por medio de la palabra y el ejemplo estos pacificadores, que aman a Dios, se aman unos a otros y aun a sus enemigos, promueven la paz entre los hombres.”⁵

Ahora, Jesús mismo dijo que él no vino a traer paz sino espada: “*No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada*” (Mt. 10:34). ¿Contradice esta declaración lo que venimos enseñando? De ninguna manera. Jesús está diciendo que la verdadera paz que el cristiano debe cultivar no está asociada con el falso concepto del “amor” que el mundo, y alguna parte de la cristiandad, practica hoy día. El “amor” vacío de contenido, que no confronta al hombre con su pecado y no le predica el evangelio de la cruz, que es ofensivo a la razón y al corazón pecaminoso del hombre, no es verdadero amor. Ni la paz que se consigue presentando un falso evangelio sin confrontación, es verdadera paz.

El verdadero evangelio siempre trae confrontación, y genera hostilidad de parte del incrédulo. Pero cuando una persona cree en Cristo, esa hostilidad es vencida y una paz que sobrepasa todo entendimiento inunda su ser, convirtiéndole en un hijo de paz.

Los familiares y amigos se levantarán en contra del nuevo converso, ellos le ofenderán y se burlarán de su nueva fe, no obstante, el hijo de Dios, que también es hijo de paz, mantendrá la calma y será un agente de amor y pacificación, aún en medio de sus más abyectos enemigos. “El cristiano no escatima esfuerzos para vivir de manera amistosa con todos los hombres, y no importa qué tan polémicos y hostiles puedan ser, hay que luchar por superar todo lo que aleje la paz. La paz es una de las virtudes que el cristiano está llamado a ejercer y manifestar. Todas las cosas que pertenecen a la iglesia son denominadas por la paz. Dios es el “*Dios de paz*” (Heb. 13:20), Cristo es el “*Príncipe de paz*” (Is. 9:6), el creyente es designado como “*el hijo de paz*” (Lc. 6:10), y a los cristianos se les ordena que “*sus pies estén calzados con el apresto del evangelio de la paz*” (Ef. 6:15). “⁶

⁵ Hendriksen, William. San Mateo. Página 291

⁶ Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Recuperado de http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_093.htm Agosto 16 de 2012.

Debemos perseguir la paz, como el que trata de cazar a un animal, porque ella no es fácil de alcanzar. No debemos escatimar esfuerzo alguno de todo nuestro ser para capturar la paz y hacerla parte de nuestro ser y modo de vivir. Siendo que ésta es una de las cualidades que más nos identifican como hijo de Dios, y la que más reputación trae al nombre de Cristo, entonces no será fácil alcanzarla. Se requiere de mucha oración para mantenernos en ella. Se requiere un espíritu diligente en escudriñar y obedecer los mandatos de las Sagradas Escrituras para preservar la paz con todos los hombres.

Se requiere de dos personas para pelear, por lo tanto, que nosotros no seamos los gestores de ningún pleito, ni nos dejemos provocar por la ira de otra persona. El cristiano, como parte de la iglesia de Cristo, está sazonado con la sal salúfiera del evangelio, y él mismo es instrumento para preservar y dar sabor al mundo. Jesús dijo que una característica de ser sal en el mundo es mantener la paz con los demás: *“Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros”* (Mr. 9:50). Los cristianos impactamos al mundo, y lo atraemos a Cristo, a través de nuestra vida pacífica y la forma cómo respondemos a las contiendas o conflictos que los demás nos quieren causar.

Para que nosotros tengamos éxitos en seguir la paz es necesario suprimir de nosotros tres pecados que son el carburante para encender la rencilla: *el orgullo, la envidia y el mal uso de la lengua.*

El orgullo nos conduce a ser vulnerables a cualquier ofensa que los hombres nos quieran hacer, y la reacción común es la ira o la violencia. El hombre que no es orgulloso no es víctima de las ofensas, pues, simplemente no se puede ofender, así hablen mal de él, pues, es humilde de corazón al conocer la realidad de pecado que todavía acompaña a su alma. En verdad, si alguien habla mal de nosotros, no debemos ofendernos, pues, ni siquiera está aproximándose a la realidad de nuestra maldad y pecaminosidad. Somos más malos de lo que otros piensan o dicen que somos, y somos más malos de lo que nosotros mismos pensamos. Entonces ¿para qué ofendernos cuando otros hablan mal de nosotros? Un hombre pisó esta tierra, que no tenía pecado en su corazón, del cual nadie debía hablar mal, pues, todos sus actos y las intenciones de su corazón fueron completamente puros, él y solo

él, tenía del derecho a reclamar cuando alguien hablara mal de él, no obstante, siendo humilde su respuesta fue de paz: *“Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición”* (1 P.2:23).

La persona envidiosa es capaz de ver fallas que no existen en otras personas y crea problemas. La envidia nos lleva a desear el mal a otros y a romper la paz porque deseamos lo que ellas tienen: *“¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis”* (Stg. 4:1-2).

La persona chismosa y suelta de lengua es entremetida y genera el caos y la contienda. El creyente, que es hijo de paz, evita el chisme. Él mismo no es chismoso, no se entremete en las cosas de otros y se aleja de los que aman el chisme. La Biblia condena el chisme y al que lo practica se le considera una persona perversa y enemiga de la paz: *“El hombre perverso levanta contienda, y el chismoso aparta a los mejores amigos”* (Prov. 16:28); *“Sin leña se apaga el fuego, y donde no hay chismoso cesa la contienda”* (Prov. 26:20); *“Y también aprenden a ser ociosas, andando de casa en casa; y no solamente ociosas, sino también chismosas y entremetidas, hablando lo que no debieran”* (1 Tim. 5:13).

La paz se persigue cuando cultivamos en nosotros aquellas virtudes cristianas que son el fundamento para ella: la humildad, la mansedumbre, la paciencia y el verdadero amor: *“Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”* (Ef. 4:2). *“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”* (1 Cor. 13:4-7).

Buscamos y seguimos la paz cuando trabajamos por la restauración de las relaciones rotas, cuando somos un medio de reconciliación para aquellos que están en enemistad; cuando, en lugar de avivar las llamas de la discordia, usamos la Palabra de Dios para enfriar la contienda y con sabios consejos buscamos suavizar las dificultades y sanar las heridas. El

creyente siembra la semilla de la paz y cosechará su abundante y reconfortante fruto: “*Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz*” (Stg. 3:18).

Ahora, es interesante notar que el autor de hebreos pone a la paz y la santidad juntas. En el próximo estudio analizaremos el tema de “*seguir la santidad*”, pero, por ahora, es necesario observar esto: la verdadera paz no viola la santidad con el fin de amoldarse a las costumbres de los incrédulos. Debemos ser pacificadores, pero nunca vamos a estar en paz con el pecado, vamos a contender siempre contra los principios del mal. No obstante, el seguir la santidad debe hacerse siempre buscando la paz. Para ser santos no es necesario ser malhumorados, polémicos, criticones y censuradores de los demás. Algunos evangélicos apegados a la doctrina bíblica han llegado a la conclusión, al menos esto es lo que demuestran en la práctica, que la verdadera religión consiste en ser hipercríticos, psicorígidos, descalificar a todo el que no piensa como ellos, incluso en las cosas no fundamentales, y en condenar a los otros hermanos. Para esta clase de creyentes la exhortación de nuestro texto es: sigan la santidad y sigan la paz. La cortesía no es incompatible con la fidelidad. No es necesario ser salvajes para manifestar la santidad. “Un espíritu amargo es un compañero pobre para un corazón renovado.”⁷

Hermanos, si bien es cierto que vamos a sufrir persecución por causa de Cristo, esto no significa que para ser fieles cristianos debemos propiciar ambientes hostiles hacia nosotros, a través de imprudencias y las males maneras de decir las cosas. Un cristiano no debe hacerse una persona aborrecible de parte de los demás, por su espíritu hipercrítico o gruñón. Recuerda la exhortación de Pablo “*Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufridos...*” (2 Tim. 2:24).

El creyente es un mensajero pacífico que por todas partes lleva la semilla de la paz, semilla que ha sido implantada en su corazón por el santo evangelio de la reconciliación y el amor, por eso podrá decir como el salmista: “*Por amor de mis hermanos y mis compañeros diré yo: la paz sea contigo*” (Sal. 122:8). Cuando un creyente visita la casa de otra persona, no es para sembrar discordia, sino todo lo contrario, para llevar la paz del evangelio. Debemos

⁷ Spurgeon, Charles. The Winnowing Fan. Recuperado de <http://www.spurgeongems.org/vols16-18/chs940.pdf> En Agosto 17 de 2012.

hacer lo que nos dijo Cristo: “*En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa*” (Lc. 10:5).